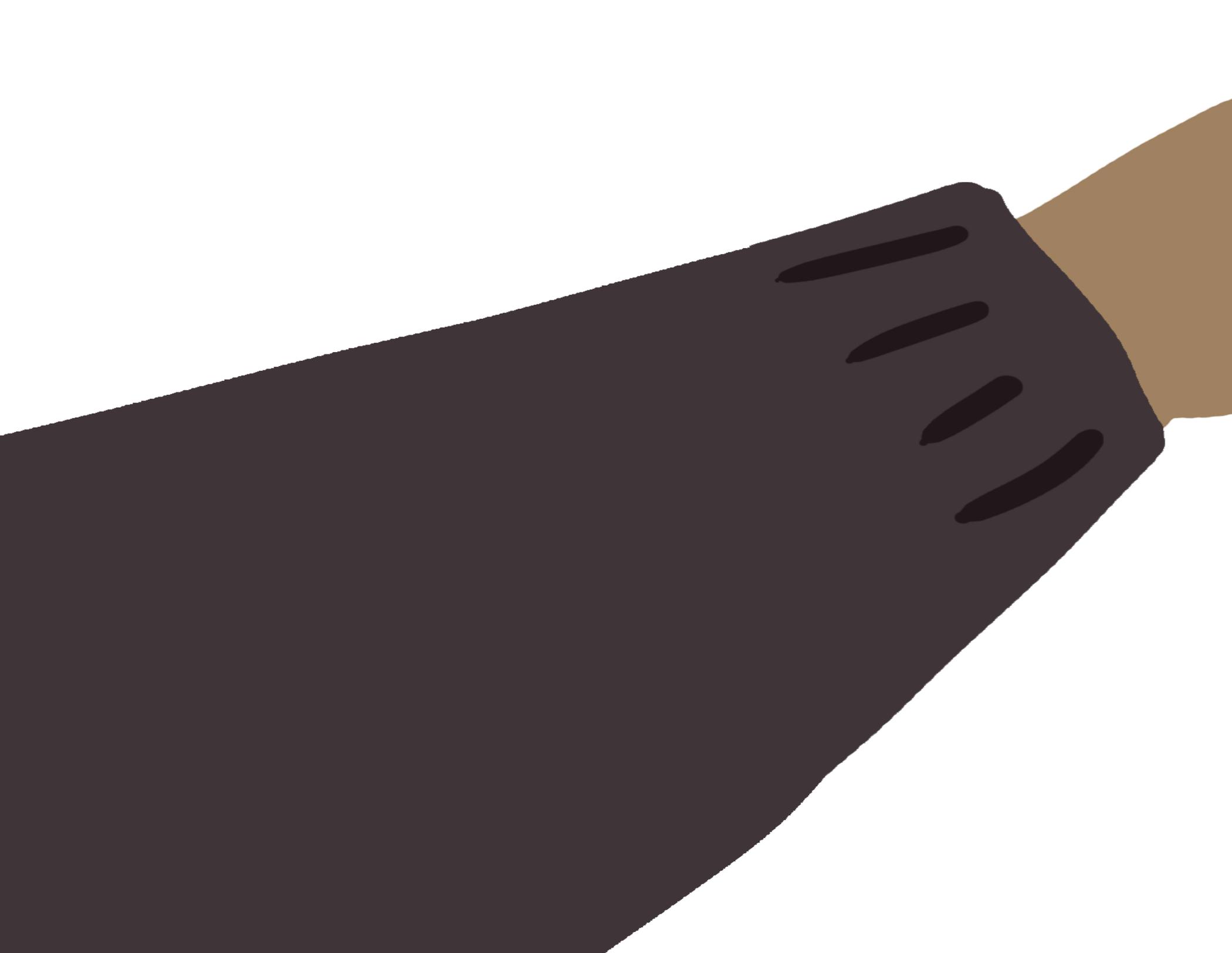
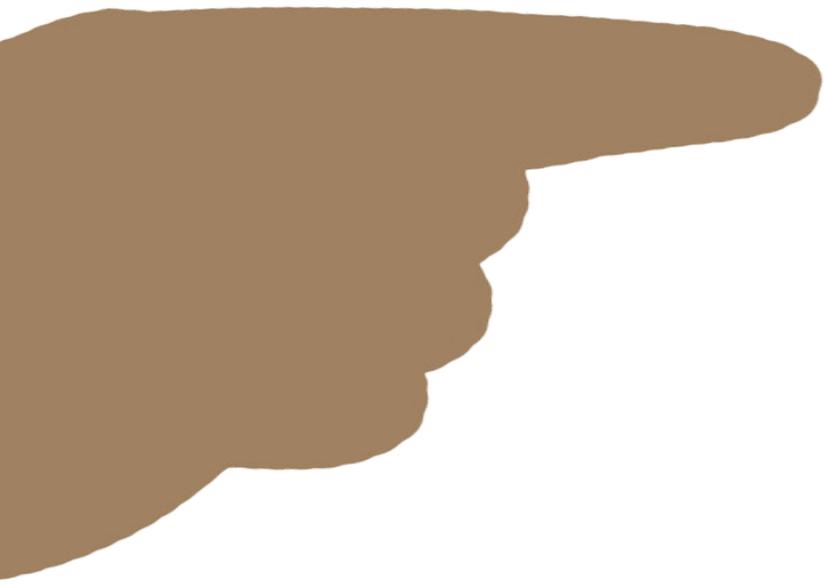




EL NIÑO
QUE APUNTABA
CON EL DEDO

Niñas Revoltosas





EL NIÑO QUE APUNTABA
CON EL DEDO





Daniel se levantó muy enojado, había tenido pesadillas y sentía que en su pecho habían cien mil monstruos peleando.

Mientras se ponía sus zapatos comenzó a decir a regañadientes: “ay, estos zapatos tan feos, ¡no me gustan!”.

Luego se levantó a tomar desayuno, y mientras comía una fruta vio un pequeño gusanito que salía de su manzana: “¡ay! que asco ¿qué haces tú en mi manzana?”. La tiró al basurero y aún muy enojado, tomó su pelota y salió a jugar.



Mientras caminaba por la calle, vio a unas niñas, Camila y Carolina, que estaban alimentando a un perrito: “oigan, que son tontas, si ese perro no le importa a nadie ¡déjenlo! es sucio y vive en la calle”, una de las niñas le respondió: “a nosotras nos importa, así que si solo vas a venir a decir tonteras, vete de aquí”.

Caminando muy enojado, diciendo entre murmullos: “niñas, las cosas que hacen, si ha nadie le importan los perros y animales”...

Cuando iba a cruzar la calle vio a una mujer proveniente de Haití, ella iba con una pequeña bebé a la que se le cayó su mantita, muy amable le preguntó a Daniel si se la podía pasar: “No, es un bebé y ellos no me gustan, siempre lloran y eso me molesta, además, ¿usted de dónde es? Ni siquiera es de aquí, así que me da cosa hablar con usted”. Al llegar a la esquina, les hizo una mueca y se fue.





Luego de eso, fue a la heladería de Doña Ester, ahí pidió un helado de chocolate: “hola, ¿me da un helado?”, la señora que estaba atendiendo, dijo: “sí, por supuesto”, ella demoró un poco, ya que quería que el helado quedara muy bien puesto en el cono para que a Daniel no se le cayera, pero él, incapaz de ver las buenas acciones, dijo: “ya, señora, apúrese, no ve que estoy aquí hace rato, me quiero ir, ¡rápido!” La señora no pudo creer lo que escuchó y le pasó el helado, luego de eso se fue rápido a su oficina: “ay, qué mal educada, ni se despidió”, dijo el niño.

Mientras iba caminando cerca de la plaza, vio a dos mujeres de la mano, él se acercó y dijo: “guacala, ¿por qué se toman de la mano?”, una de ellas lo miró muy sonriente le dijo: “porque nos queremos”. Daniel puso cara de espanto y salió corriendo.



Cuando llegó a la cancha para jugar, se dio cuenta que no había nadie, miró a su alrededor y lo único que lo acompañaba eran sus cosas: la pelota de fútbol y el helado, pero nadie con quien reír, jugar a la escondida o darse pases... “¡qué extraño, nadie quiere venir a jugar!”, dijo. Fue en ese momento que las dos niñas llegaron a la cancha, al verlas él las saludó muy entusiasmado: “¡chiquillas, ¿quieren venir a jugar conmigo...?!”

Pero ni siquiera alcanzó a terminar la frase, cuando ellas estaban saliendo otra vez de la cancha, algo preocupado y tímido le fue a preguntar a Carolina: “Caro, ¿porqué no quieren jugar conmigo?”.



Ella respondió: “Daniel, todas las personas que te rodeamos queremos jugar contigo, pero tú eres el que parece que no quiere, cada vez que ves a alguien lo criticas por lo que hace, por cómo es e incluso por lo que ama, tú no puedes ser así, hay que aprender a disfrutar con las demás personas, respetando nuestras diferencias y sin discriminar”.

Daniel dijo: “¿discrimini... qué?”, Carolina se acercó y se sentó: “discriminar es lo que tú haces cada vez que insultas o agredes a alguien por ser quién es”.



El niño se quedó en silencio, era verdad lo que decía Caro. En ese momento, los miles de monstruos que estaban en su pecho comenzaron a pelearse y hacer un festín, él no sabía que hacer, hasta que sintió dos gotas caer de sus ojos, avergonzado corrió hacia su casa, pero Camila, la otra niña que acompañaba a Carolina, le dijo: “¿Dónde vas, Daniel?”, él respondió: “a mi casa, no quiero que nadie me vea así, no sé lo que me pasa”.

Camila lo abrazó y Daniel sintió como miles de lágrimas caían sobre su cara, pero ya no eran sólo de pena, sino que de alegría: “¿me estás abrazando?, esto es extraño para mí”- exclamó, y ella le dijo: “así es, este abrazo es para que lo repitas con cada una de las personas que dañaste, no debes volver a hacerlo, todos sentimos de una manera distinta y debemos ser respetuosas con nuestro trato hacia las demás”



Daniel se sentía extraño, pero aliviado, agradeció a las niñas por su gran lección y corrió a la heladería, allí encontró a la misma señora que lo había atendido: “señora, yo estuve aquí hace un rato y quiero pedirle disculpas”, la señora lo miró y siguió haciendo sus cosas, luego el niño agregó: “sé que fui muy irrespetuoso, este es su trabajo y yo la traté mal, disculpe, jamás lo volveré a hacer”.

La señora le sonrió y dijo: “muy bien, pequeño, espero que cumplas tu palabra”, muy contento con la sonrisa de ella, Daniel se despidió con un abrazo y fue a buscar a todas las otras personas, no podía dejar las cosas así.



Camino al cine se encontró con las dos mujeres que antes había maltratado: “hola...eh, bueno, es difícil decir esto, pero quiero decirles que lamento mucho haber dicho que su amor me daba guacala, el amor es algo hermoso y no importa quién lo tenga, solo sé que es bueno cuando se comparte”.

Las dos muchachas lo observaron con cariño y le dijeron: “muy bien, Daniel, esperamos que puedas respetar siempre a todas las personas, nosotras nos queremos muchísimo y tú no has sido el primero que nos dice algo feo, así que si quieres que nos sintamos mejor, debes comenzar hablando esto entre tus amigas y amigos: siempre trata como te gustaría que te trataran a ti”, una de ellas le hizo cariño en su pelo y dijo: “debemos irnos, vamos tarde a la función de la película, que estés muy bien”, Daniel las miró y se dio cuenta el profundo cariño que se tenían, ambas se abrazaban, reían y miraban con ternura. Sintió que su corazón palpitaba feliz, quizás era toda la felicidad que venía a quitar los monstruos de su pecho.





Después vio al perrito callejero, intentó hablarle en perruno, pero el simpático perro solo atinó a mover su cabeza como diciendo: “¿y a este, qué le pasa?”, por lo que Daniel dijo: “bueno, quizás no me entiendas, pero quiero decirte que eres muy importante para mí, siempre que salgo solo a la calle me acompañas y sé que juegas con mi hermanito, quiero darte las gracias por eso, para mí eres un gran amigo y te pido disculpas por haber dicho cosas feas de ti”, el perrito comenzó a mover su cola y le lamió su mano, Daniel rió, el perrito era realmente un gran amigo y compañero, ¡era muy dulce!

Y finalmente, dio varias vueltas en su población buscando a la mujer proveniente de Haití, pero no la encontraba, hasta que de pronto la observó de lejos jugando con su bebé.

A la pequeña nuevamente se le cayó su mantita, por lo que él fue corriendo a buscarla: “hola señora, soy yo, Daniel, si... sé que fui muy descortés hace un rato, pero quiero decirle que estoy muy feliz que viva aquí en nuestro barrio, toda la gente la quiere mucho, ya que usted siempre es muy amable con todo el mundo, yo... yo solo quería decirle que lo siento, este lugar es tan mío como suyo, la verdad es que no quiero que se vaya, quédense, su hijita también es muy tierna y no me importa que llore, yo también lloraba hartito cuando chico, bueno de hecho hace un rato también lo hice...no está mal llorar”.

La señora le sonrió y le dio una fruta, Daniel le agradeció mucho, ya que entre tanto ajetreo ya le había dado hambre.





Ese día volvió a su casa y tuvo sueños maravillosos llenos de colores, así como los colores infinitos de la gente, de la tierra y de la ciudad.

Sin esos colores la tierra sería un lugar gris y eso fue lo Daniel comprendió ese día, debía dejar de apuntar con el dedo y hablar mal de los demás, ya que era muy afortunado de rodearse de gente tan distinta y feliz.

fin.





Niñas Revoltosas

ninasrevoltosas@gmail.com

Escritora y Socióloga
Consuelo Herrera

Ilustradora
Nataly Martínez

Niñas Revoltosas

Cuento Libre
2019